




CAPÍTULO SEGUNDO

La revolución en Italia y en Alemania

 El sistema de Metternich había desarrollado en los pueblos, por la excesiva opresión á que los condenara, vehemente deseo de libertad, que sólo esperaba una ocasión para manifestarse en actos. Esta ocasión fué la revolución de Febrero, que, por esta causa, se propagó como chispa eléctrica por toda Europa, poniendo fin á la coalición de los reyes contra los pueblos. Naturalmente, la agitación popular no tuvo en todas partes la misma gravedad ni idéntica duración; las masas se mostraron menos violentas y los poderes públicos viéronse menos amenazados en los países que gozaban ya de cierta libertad. Suiza, por ejemplo, que ya no tenía que temer la intervención extranjera, pudo, con relativa tranquilidad, reformar su constitución y darse una forma de gobierno federativo, muy semejante á la de los Estados Unidos. En Bélgica y en los Países Bajos, los soberanos cedieron de bastante buen grado á los deseos de sus pueblos, y si no abrieron de par en par las puertas á la democracia, otorgáronle bastantes franquicias para que por el momento se diese por satisfecha. Las manifestaciones cartistas y las conspiraciones de la *Joven Irlanda* dieron bastante que hablar en Inglaterra; pero bastaron para restablecer en breve la tranquilidad la firme actitud del Gobierno y unas cuantas medidas enérgicas del Parlamento. En España, la firmeza de Narváez, presidente del Consejo de ministros á la sazón, contuvo no solamente al partido progresista, mas también á la facción carlista, que volvió á empuñar las armas en varios puntos. En los demás países, la revolución rompió con

tanta más fuerza cuanto más comprimidos habían estado los pueblos; pero no halló en todos el terreno igualmente apropiado. Polonia, que no dejó de reivindicar sus derechos, fué avasallada en pocas semanas: el Emperador de Rusia llevó en el mes de Marzo todas sus fuerzas hacia Varsovia, que no pudo moverse, y los soberanos de Austria y de Prusia triunfaron sin esfuerzo en Abril y Mayo, á cañonazos, de Posnania y de Galicia sublevadas. Menos fáciles de domar fueron Italia y Alemania, países donde se pudo medir toda la fuerza de la revolución.

En la Península Italiana, todo parecía hallarse dispuesto para una transformación política, cuyos preludios databan del advenimiento al pontificado de Pío IX, según vimos en el tomo anterior. Al movimiento político juntóse el nacional, nacido por iniciativa del príncipe Carlos Alberto y que provocó ruidosas manifestaciones, tales como, en Diciembre de mil ochocientos cuarenta y seis, el Congreso genovés de los doctos italianos, que acabó con solemnes fiestas para conmemorar el centenario de la expulsión de los extranjeros de dicha ciudad; en Septiembre de mil ochocientos cuarenta y siete, el banquete de la sociedad agraria de Casala, en que el Rey hizo leer á su secretario Castagneto una carta, que provocó entusiastas aclamaciones y que terminaba en estas palabras: «Si Dios me concede un día la gracia de poder emprender la guerra por la independencia, yo solo mandaré el ejército y haré por la causa guelfa lo que Schamyl ha hecho contra el inmenso imperio ruso. Feliz el día en que podamos dar el grito de independencia nacional». Por esta independencia suspiraban también los súbditos italianos de Austria, que cada día sentían más el peso de las cargas tributarias y militares, la desproporción entre los sacrificios impuestos y los servicios recibidos, la morosidad de una administración enredosa, la incompatibilidad de carácter entre los funcionarios y los administrados. Los milaneses se limitaron primero á manifestar su disgusto con actos pacíficos, como las fiestas celebradas con motivo de traerse las cenizas de Confalonieri, muerto en el destierro, ó la toma de posesión del nuevo arzobispo, Romilli, de la silla de Milán; desde que las tropas imperiales ocuparon á Ferrara, la agitación aumentó y las relaciones entre gobernantes y gobernados vinieron á ser marcadamente hostiles. Así, al paso que las congregaciones contrales de Milán y Venecia presentaban al virrey una exposición de sus agravios y deseos, los milaneses tomaban el acuerdo de no fumar desde el primero de Enero de mil ochocientos cuarenta y ocho, para dejar vacío el erario austriaco, y trataban de imponer la misma abstención á los soldados y funcionarios, al punto de acometer á mano armada á los que salían á la calle con el cigarro en la boca y provocar represalias, como la del tres de Enero de mil ochocientos cuarenta y ocho, que costó la vida á buen número de italianos. Desde esta hora, la ruptura entre el gabinete de Viena y sus súbditos lombardos fué completa.

En las primeras semanas de mil ochocientos cuarenta y ocho, este doble movimiento

de emancipación política y nacional se tornó de pacífico en violento, y dió por resultado el establecimiento del régimen representativo en casi todos los estados italianos. Rompió el fuego Palermo, donde apareció pegado á las esquinas, en la primera semana de Enero, un cartel anónimo amenazando con la insurrección si para el doce del mismo mes el gobierno no había concedido las reformas. En dicho día, un joven, La Masa, recorre las calles, tremolando una bandera tricolor, reúne un grupo de liberales y empeña escaramuzas con las tropas, que se baten blandamente; al otro día, siguen las peleas, con el concurso de los campesinos, y se forma un comité de insurrección presidido por el viejo almirante Ruggiero Settimo; la lucha se prolonga hasta el veintisiete, en que la ciudad, después de haber sufrido el bombardeo de la flota napolitana, es evacuada y el movimiento se extiende á toda la isla, declarando los sicilianos que no depondrán las armas ínterin que un parlamento siciliano, reunido en Palermo, no restablezca, con las modificaciones convenientes, la constitución de mil ochocientos doce.

Á la noticia de la sublevación de Palermo, los liberales de Nápoles tomaron las armas, sin que accedieran á deponerlas por algunas reformas parciales que se les otorgaron. El veintisiete de Enero, una imponente manifestación por las calles asustó al Rey y le decidió, previo consejo de sus generales, á satisfacer á sus súbditos, confiando el poder á los jefes liberales, Bozzelli y Polrio, y prometiendo el veintinueve de Enero una constitución, que fué promulgada el diez de Febrero y por la que se confiaba el poder legislativo á un parlamento compuesto de dos Cámaras, vitalicia una y otra electiva, se consagraba la libertad de la prensa, la igualdad ante la ley, la amnistía por los delitos políticos y, en previsión de una reacción absolutista, se reemplazaba las tropas extranjeras por una guardia nacional. Al dar su constitución, Fernando II se regocijaba con la idea de que su ejemplo obligaría á otorgarla á los soberanos italianos que gozaban fama de reformadores. Y no se equivocó. Al saberse en Turín lo acaecido en Nápoles, los liberales, acaudillados por el conde de Cavour, insistieron en su antigua demanda de un régimen representativo, con tales apremios que los magistrados municipales fuéronse á rogar al Rey que lo concediese. Carlos Alberto vacilaba, por la promesa que había hecho á Austria, al subir al trono, de mantener el régimen absolutista, y sólo después de haber consultado con su confesor y oído el parecer de sus ministros, reunidos en sesión extraordinaria, se decidió á publicar la famosa proclama de ocho de Febrero, sentando las bases de un estatuto constitucional, análogo á la constitución napolitana. Unos días más tarde, el diez y siete de Febrero, Leopoldo II de Toscana, asustado por los motines de Liborna, concedió igualmente á sus súbditos una constitución parecida á la francesa. Á este punto había llegado el movimiento político y nacional en Italia al estallar en Francia la revolución de Febrero.

¿Cómo la República francesa no había de ser saludada en los Estados italianos con

una explosión general de entusiasmo y de esperanza? Los gritos de libertad, de independencia, de unidad resonaron de un extremo al otro de la Península, y en todas partes corrieron los patriotas á las armas. Los soberanos que no habían cedido aún á los deseos de sus súbditos, hubieron de apresurarse á capitular. El cuatro de Marzo publicó Carlos Alberto el *Estaduto Constitucional*, y el catorce del propio mes, Pío IX, que hasta entonces se había resistido á efectuar en el gobierno de sus Estados un cambio que había de quitar al poder espiritual parte de su soberanía, publicaba á su vez *El estatuto fundamental para el gobierno temporal de los Estados de la Santa Sede*, por el que instituía, como en los demás estatutos italianos, dos Cámaras, para votar las leyes, un Consejo de Estado, para prepararlas, y un ministerio, para responder de su ejecución; pero vedaba á las Cámaras entrometerse en asuntos espirituales, ó simplemente mixtos, y sometía sus resoluciones al veto del Sacro Colegio, erigido de esta suerte en supremo soberano. Con ser tan mezquinas, estas concesiones parecíanle extraordinarias á Pío IX, que declaraba no poder otorgarlas más amplias.

Por esta serie de estatutos, los súbditos de todos los Estados italianos habían obtenido derechos y libertades. Solamente los de Austria seguían en su antigua condición de parias, y no hay pará qué decir que su deseo de redimirse era cada día mayor; pero les contenía el temor de que cualquier tentativa de insurrección habría de ser desastrosa. Este temor se disipó el día en que llegó á Milán la noticia de la revolución de Viena. El virrey, espantado, huye á Verona; los milaneses, aprovechándose del pánico gubernamental, salen en procesión á pedir al gobernador, O'Donnell, la creación de una guardia cívica; un disparo hecho contra ellos por un centinela cambia la manifestación pacífica en violento tumulto, y el palacio real es invadido, O'Donnell hecho prisionero y las calles erizadas de barricadas, donde hondea la bandera tricolor italiana y resuena el grito de «¡Viva Pío IX!» La lucha se empeñó entre el pueblo y las tropas de Radetzki, concentradas alrededor del castillo, y duró cinco días, desde el diez y ocho al veintidós de Marzo, llamándose por esto la *batalla de los cinco días*. El pueblo carecía de recursos; se los proporcionó. Químicos preparaban pólvora de algodón; señoras reunidas en el palacio Borromeo fundían plomo y fabricaban balas; con muebles y utensilios de toda especie se levantaban fuertes barricadas; varios ciudadanos hinchaban globos y los lanzaban con notas para sublevar á los campesinos, los cuales, dirigidos por notables y sacerdotes, formáronse en bandos y marcharon al socorro de la ciudad. Dirigían el ataque por parte del pueblo los intrépidos jóvenes Cattaneo, Cernuschi, Terzagli y Clerici. Hubo rasgos de valor heroicos. El cuartel de los polizontes, flanqueado por todas partes de edificios que formaban como otros tantos baluartes, parecía inexpugnable. Por más esfuerzos que hacían los asaltantes, no lograban adelantar un paso. De pronto un plebeyo, jorobado y contrahecho, Pascual Sottocorno, libertado la víspera del cala-

bozo, se adelanta audazmente, apoyado en una muleta, á paso lento y defendiéndose de las balas con un colchón á modo de escudo. Sin pestañear, sin apresurar el paso, la cabeza erguida, una antorcha y materias inflamables en la mano, avanza hasta la puerta, que riega con ácido nítrico, le pega fuego y regresa con la misma impasibilidad á reunirse con los combatientes. El cuartel ardió y los policías se refugiaron en el castillo, contra el que se dirigieron los insurrectos. La lucha fué aquí breve. Radetzki, escaso de víveres y temiendo ser cercado por el levantamiento general de las ciudades y de los campos, se retiró con su ejército á las plazas del famoso cuadrilátero, Verona, Legnano, Mantua y Peschiera, donde recibió la noticia de la sublevación de Venecia.

El quince de Marzo de mil ochocientos cuarenta y ocho, llegaron á Venecia los primeros rumores de la insurrección de Viena. El diez y siete, al arribar el paquebote de Trieste, un comerciante francés que se hallaba á bordo, gritó á los gondoleros que rodeaban el barco: «¡Constitución en Viena! ¡Reconocimiento de la nacionalidad italiana! ¡Prensa libre! ¡Guardia nacional!»..... En un cerrar de ojos estas palabras son repetidas en todos los ámbitos de la ciudad, y el pueblo se dirige en masa al palacio del gobernador Paffi, gritando ¡Viva Italia! y pidiendo la libertad inmediata de sus jefes Manin y Tomaseo; y como el gobernador le entretuviese, se precipita á la cárcel, rompe las puertas, saca á los presos y lleva en triunfo á Manin á su casa, cantando: ¡Viva Italia! ¡Viva la libertad! ¡Viva Manin y Dios que nos lo envía!—«No soy yo á quien se debe aclamar, les grita Manin, sino al que es jefe de la insurrección italiana, Pío IX». Del diez y ocho al veinte, se organiza la guardia cívica, á pesar de la resistencia del gobernador, y el veintidós ocupan los insurrectos el arsenal, merced á la enérgica actitud de Manin, que obtiene del comandante Martini la entrega de las llaves y una capitulación, que alejaba á las tropas austriacas indefinidamente de la ciudad. Del arsenal Manin se dirige, en medio de aclamaciones, á la plaza de San Marcos, adonde convoca á todos los ciudadanos en el plazo de tres horas, y mientras tanto, se retira á esperar en un café. Cuando la muchedumbre se hubo reunido, cuando un océano de cabezas humanas se extendía por la inmensa plaza, Manin sale, sube á una mesa, empuñando en la diestra una espada desnuda y en la siniestra una bandera de tres colores, y todas las miradas se vuelven á él y todas las lenguas se callan para oírle. «¡Venecianos, dijo, somos libres! Después de haber derribado al antiguo gobierno, debemos constituir uno nuevo, el mejor, á mi entender, la República, que juntará á las glorias pasadas la libertad de los tiempos presentes. No nos separaremos por esto de nuestros hermanos italianos; por el contrario, formaremos uno de los centros que servirán para la fusión sucesiva de Italia en un sólo todo. ¡Viva, pues, la República! ¡Viva la libertad! ¡Viva San Marcos!». La muchedumbre repitió, enloquecida, esta triple aclamación. Al día siguiente, veintitrés de Marzo, se constituyó el nuevo gobierno provisional, presidido por Daniel Manin, y unos días después Pío IX enviaba su

bendición pontifical á la nueva República veneciana, á la que se adhirieron, unas tras otras, todas las ciudades de tierra firme. Con la independencia de Venecia y de Milán, con la fuga de los duques de Parma y de Módena, ocurrida en el ínterin, las posesiones directas ó indirectas de Austria en Italia halláronse reducidas al territorio que ocupaba su ejército, concentrado alrededor de Verona y de Mantua.

De todos lados recibía Carlos Alberto apremiantes instancias para que interviniese en la contienda entablada en Lombardía. Los milaneses, inmediatamente después de su victoria, le enviaban una diputación, conjurándole á pasar la frontera con su ejército; los estudiantes de Turín, los habitantes de Génova, los *mazzinistas* de todo el reino, pedíanle la guerra á grandes gritos; los moderados, en fin, juzgando que no volvería á presentarse ocasión como esta de agrandar sus Estados y cumplir el destino histórico de su casa, suplicábanle que no la desaprovechase. Uno de éstos, Cavour, resumía la situación en el *Risorgimento* con estas palabras: «La hora suprema ha sonado para la monarquía sarda..... En vista de los acontecimientos de Lombardía y de Viena, ya no es posible vacilar..... Nosotros, acostumbrados á escuchar los mandatos de la razón antes que los movimientos del corazón, lo decimos muy alto, decimos que no hay más que un solo camino abierto para el gobierno, la nación, el rey: la guerra inmediata». Comprendiéndolo así, Carlos Alberto se decidió al fin, y el veintiseis de Marzo de mil ochocientos cuarenta y ocho partió para el ejército, dando comienzo á la guerra nacional, que había de ser venturosa en Abril, incierta en Mayo, desastrosa en Junio.

Carlos Alberto obtuvo al principio una serie de triunfos políticos y militares, más rápidos y completos de lo que pudiera imaginarse. En Roma, Pío IX, asustado por repetidos tumultos populares, envió á la frontera del Pó una división de diez y siete mil hombres, al mando de Durando y Ferrari; el gran duque de Toscana, cediendo á la voluntad del gabinete liberal Ridolfi, mandaba, asimismo, al teatro de la guerra un cuerpo de seis mil hombres, mitad tropas regulares y mitad voluntarios; el Rey de Nápoles, después de haber intentado resistir el movimiento nacional, hubo de ceder, confiando el ministerio al historiador Carlos Troya y publicando una proclama, en que decía: «Príncipes y pueblos deben asociarse para una lucha que asegurará la independencia, la libertad, la gloria. A ella pensamos concurrir con todas nuestras fuerzas de tierra y de mar.....», y prometía enviar contra Austria un cuerpo de cuarenta mil hombres, á las órdenes de Pepe, uno de los veteranos del primer Imperio; en todas las grandes ciudades, en fin, se formaban batallones de voluntarios, reclutados entre los estudiantes y la clase media, que aportaban á la causa nacional, ya que no su experiencia, cuando menos su entusiasmo. Carlos Alberto mostró, en sus primeras operaciones, que era capaz de quebrantar el poderio austriaco. Con sus veinticinco mil hombres, únicos de que entonces disponía, obtuvo una serie de ventajas parciales, que parecían presagiar un triunfo completo.